Pine Knoll Publications & Sabbath School Ministries
IV Trimestre de 2010
"Jesús lloro: La Biblia y las emociones humanas"

Lección 5
29 de Enero de 2011

La culpa

Dr. Jonathan Gallagher

Textos bíblicos:

Génesis 3:8–13; 1 Juan 1:9; Salmo 32; 1 Timoteo 4:1, 2; Mateo 26:75; Romanos 8:1, Salmos 130:3, 4, Génesis 42.

Citas

- La culpa es rabia dirigida hacia nosotros mismos*. Peter McWilliams*
- Aquél que se siente culpable piensa que todos están hablando de él. *Geoffrey Chaucer*
- A pesar de que los más sagaces jueces y hasta las propias brujas estaban convencidos de su culpabilidad por brujería, no había tal culpa. Pasa así con toda culpa. *Friedrich Nietzsche*
- No creo en la culpa, creo en vivir la vida por impulso siempre y cuando nunca hagamos daño a otras personas intencionalmente, y no juzguemos a los que nos rodean. Pienso que deberíamos vivir completamente libres. *Angelina Jolie*
- El miedo es el impuesto que la conciencia paga por la culpa. *George Sewell*
- Camino por la vida sintiendo un poco de culpabilidad existencial todo el tiempo… *Julia Louis-Dreyfus*
- No hay nada más miserable que la mente de un hombre consciente de su culpa. *Titus Maccius Plautus*

© Recursos Escuela Sabática

- La verdadera culpa es culpa ante la obligación que uno tiene consigo mismo de ser uno mismo. Falsa culpa es la culpa que uno siente por no ser lo que otras personas entienden que uno debería ser o asumir que uno es. *R. D. Laing*

Preguntas

¿En qué forma la culpa juega un papel importante en nuestra experiencia? ¿Cómo manejamos la culpa? ¿Cómo distinguimos la verdadera culpa de la falsa culpa? Cuando nos presentamos ante Dios, ¿queremos ser declarados "inocentes" o queremos ser transformados? ¿Cómo podemos concebir la culpa de una forma positiva como un medio para crecer y aprender? ¿Nos hace Dios sentirnos culpables?

Resumen bíblico

Génesis 3:8–13 nos explica la caída y nos muestra el momento en el cual se originaron los pensamientos de temor y culpabilidad en los seres humanos. Adán y Eva reconocieron su desnudez (su insuficiencia, culpa y pecado) delante Dios; así que tuvieron temor y se escondieron de él. La primera persona a la cual se temió fue a Dios y la barrera de la culpa y la vergüenza hacen parte de esta relación quebrantada.

En 1 Juan 1:9 vemos a un Dios que puede perdonar, que no sólo se encarga de nuestra culpa y nos declara "inocentes" delante de él (el proceso legal en el cual tendemos a concentrarnos) sino que se encarga de todo el proceso de sanación y transformación por el cual llegamos a ser amigos fieles de nuestro amoroso Señor. En el Salmo 32 se nos muestra una visión de la culpa y la absolución. Por supuesto, podemos elegir ignorar y evadir tales pensamientos de culpabilidad y quemarlos, de modo que al cauterizar nuestras conciencias ¡ya no veremos más la culpa! (ver 1 Timoteo 4:1, 2).

La experiencia de Pedro que se describe en Mateo 26:75 es una ilustración gráfica de cómo los sentimientos de culpa pueden llegar a abrumarnos. Luego, Romanos 8:1 nos explica que si estamos en Cristo, no tenemos condenación. En Dios encontramos sanidad y perdón (Salmos 130:3, 4).

Toda la historia de José y sus hermanos que se encuentra registrada en el libro de Génesis (nos referimos de manera específica a Génesis 42) es una continua descripción de errores y culpabilidad. Solamente José logra resolver la experiencia de culpabilidad que viven sus hermanos (¡aunque en ese momento sus hermanos aún se encuentran preocupados, tal como lo expresan durante su regreso tras la muerte de su padre Jacob!)

¡Necesitamos confiar en Dios no sólo a fin de experimentar el perdón, sino también para que él sane nuestro quebranto y nos ayude a convertirnos en sus hijos fieles que hacen lo recto porque es recto!

© Recursos Escuela Sabática

Comentario

¿Cómo se relaciona Dios con una persona que es incuestionablemente culpable? Tomemos la ilustración del evangelio sobre la mujer que fue sorprendida en adulterio… ¿Quién es culpable? ¿Quién está siendo acusado? ¿Qué hace Jesús con los acusadores? ¿Cómo se resuelve esta situación?

Imaginemos la escena: Jesús está enseñando en el Templo compartiendo un rato con todos aquellos que desean escuchar las gloriosas buenas nuevas de Dios y su don de salvación. De repente, es interrumpido por un grupo de Fariseos que vienen gritando mientras arrastran a una mujer y la arrojan en medio de la multitud que está delante de Jesús. Con voces severas, crueles y ásperas la acusan de violar el séptimo mandamiento. Es una adúltera, debe ser apedreada hasta que muera, dicen ellos. Son acusadores muy celosos, personas que realmente se alegran cuando alguien cae en pecado. ¿Están realmente preocupados? No. Ciertamente no están preocupados por la mujer. En realidad, su caso no les interesa en absoluto; ellos la habrían apedreado inmediatamente. Son unos crueles legalistas. Pero ellos ven en este caso una oportunidad para poner una trampa a Jesús. Si él ordena apedrearla, pueden acusarlo ante los romanos de prácticas ilegales; si ordena que la dejen ir, estará negando la Ley.

Pero ¿qué hace Jesús? ¿Acaso comienza a debatir sobre el caso? No. Nada podía ganarse al discutir con estos hombres de corazones endurecidos. Él conoce sus corazones, y ve el mal y el odio que guardan en ellos. Jesús se da cuenta de que ellos se deleitan en las caídas de los otros, porque que se sienten bien al compararse con ellos. También se da cuenta de que algunos de los hombres que acusan a esta mujer fueron quienes la condujeron al pecado. ¡Cuán hipócritas! ¡Cuán vengativos! ¡Cuán demoníacos!

Así que Jesús simplemente empieza a escribir. Me pregunto qué escribía… De algún modo Él les mostró los pecados secretos que había en sus propias vidas. Pero incluso así, no creo que Jesús estuviese intentando avergonzarlos deliberadamente. Ellos simplemente vieron que Jesús escribía cosas que se aplicaban a ellos mismos. Por sus propias conciencias culpables, se sintieron descubiertos en sus pecados. Sin embargo, ¡dudo que alguno de ellos pudiera llegar a saber lo que habían hecho los demás!

Mientras todos miran, Jesús dice a aquellos que son justos, a los que no tenían pecado alguno, que inicien el terrible proceso de matarla. Y continúa escribiendo.

Ellos se retiran. Culpables y avergonzados. Pero no piden perdón. ¡No quieren ser sanados de *su* culpa! Simplemente se alejan de la presencia del Salvador y cuánto debió dolerle eso también, porque él también deseaba sanarlos a ellos…

Jesús no expresa palabras de condenación. ¿Acaso no estaba ella siendo condenada justamente? ¿Acaso Dios mismo no había dicho que los adúlteros debían ser apedreados? ¿Qué estaba haciendo Jesús entonces? ¿Estaba actuando en contra de su propia ley? No. Jesús estaba mostrando el verdadero propósito de la Ley: lle-

var a las personas al arrepentimiento y al perdón a fin de que Dios pueda sanar el problema del pecado.

Lo único que la Ley hace es mostrarnos cuán malos somos, cómo nos convertimos en rebeldes perversos en el universo de Dios, aproximándonos al resultado final de nuestro pecado, siendo la muerte la consecuencia natural del mismo.

Pero, ¿acaso nos deja Jesús allí? No. A él no le interesa que se cumpla la letra de la Ley. A él le interesan las personas. Así que él dice, con amor y compasión en su corazón (a diferencia de sus acusadores): "Vete, y no peques más. Yo puedo sanarte. Puedo restaurarte espiritualmente. Puedo curar la culpa. Puedo liberarte de tu vergüenza y oprobio. ¡Puedo salvarte de ti misma!"

Haciendo referencia a este pasaje, Elena de White escribe, "Al levantar a esta alma caída, Jesús hizo un milagro mayor que al sanar la más grave enfermedad física. Curó la enfermedad espiritual que es para muerte eterna." (*El Deseado de todas las gentes*, p. 426).

La cura para la culpa. La cura para el pecado. La cura para todo el mal que hay en nuestros corazones, eso es lo que Jesús nos ofrece. No es una crueldad vengativa como la de los Fariseos legalistas ni como el dedo acusador del mismo Satanás; sino un amor que busca reconquistarnos a través de la manifestación de un tierno cuidado. Nota lo que esta historia nos enseña: acerca de la mujer (tú y yo) y acerca de Dios. Observa cómo Dios se hace cargo de nuestra culpa y nos ayuda a vivir libres de ella y de la vergüenza cuando le invitamos para que nos sane de nuestra enfermedad, la cual, si no es tratada, nos conducirá a la muerte eterna.

Dios te ofrece sanidad del pecado y de la culpa que has acumulado; te ofrece vida ahora y una vida eterna por venir. Como la mujer de la historia, necesitamos presentarnos delante de Jesús y aceptar su regalo y abandonar nuestras vidas de pecado.

Comentarios de Elena G. de White

- "Este sentimiento de culpa debe ser depositado a los pies de la cruz del Calvario. La sensación de pecaminosidad ha emponzoñado las fuentes de la vida y de la verdadera felicidad. Pero ahora Jesús le dice: Depósitalo todo en mí; yo tomaré tus pecados, te daré paz. No sigas destruyendo tu respeto propio, porque yo te he comprado por el precio de mi propia sangre. Eres mío; fortaleceré tu voluntad debilitada; eliminaré el remordimiento que te causa el pecado" [*Mente, carácter y personalidad*, tomo II, p. 467].

- "El amor que Cristo infunde en todo nuestro ser es un poder vivificante. Da salud a cada una de las partes vitales: el cerebro, el corazón y los nervios. Por su medio las energías más potentes de nuestro ser despiertan y entran en actividad. Libra al alma de culpa y tristeza, de la ansiedad y congoja que agotan las fuerzas de la vida. Con él vienen la serenidad y la calma. Implanta en el alma un gozo que nada en la tierra puede destruir: el gozo que hay en el Espíritu Santo, un gozo que da salud y vida" [*El ministerio de curación*, p. 78]

© Recursos Escuela Sabática

- “Cuando las tentaciones os asalten, cuando los cuidados, las perplejidades y las tinieblas parezcan envolver vuestra alma, mirad hacia el punto en que visteis la luz por última vez. Descansad en el amor de Cristo y bajo su cuidado protector. Cuando el pecado lucha por dominar en el Corazón, cuando la culpa oprime al alma y carga la conciencia, cuando la incredulidad anubla el espíritu, acordaos de que la gracia de Cristo basta para vencer al pecado y desvanecer las tinieblas. Al entrar en comunión con el Salvador entramos en la región de la paz” [*El ministerio de curación*, p. 193].

- “El Señor no abandona a sus ovejas heridas y magulladas al poder de Satanás para que las despedace. Está siempre fortaleciendo a los que son suyos cuando están débiles. Libera a los atribulados y tentados del poder del enemigo. El Señor Jesús nunca olvida al alma que pone su confianza en El. Y los que pretenden ser hijos e hijas de Dios deben confiar siempre en Jesús. Hacerlo de otra manera es negar que nos ama, y al andar deprimidos, apesadumbrados y lamentándonos, representamos muy mal a Cristo. Decimos virtualmente que nuestro Señor es un amo duro y tiránico. Esto equivale a mentir acerca del precioso Salvador que dio su vida a fin de hacer posible que todos crean en El y confíen en su interés y amor por el hombre pecador…” [*Alza tus ojos*, p. 148].



Dr. Jonathan Gallagher

Traducción: *Shelly Barrios De Ávila* ©
RECURSOS ESCUELA SABATICA

RECURSOS ESCUELA SABATICA
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática